

*¿Autoritarismo, Camino a la Modernidad?*

## Preocupante Proyecto Político

- ★ Objetivo: Ganar Tiempo y Mantener la Disciplina
- ★ La Teoría Económica es Sólo la Punta del Iceberg
- ★ Estar Preparados Para lo Peor, la Parte Sumergida

LORENZO MEYER

En el artículo de la semana pasada expuse algunas de las razones por las cuales, tras examinar el actual contexto internacional, resulta difícil ser optimista con respecto al futuro de los países subdesarrollados y periféricos.

Pues me temo que tampoco hay muchas razones para ver con tranquilidad y confianza el contexto interno en que se va a desarrollar el proceso social de nuestro país. Voy a exponer las causas de mis temores, temores que, espero, no se confirmen, pues hoy más que nunca me gustaría que mi análisis esté equivocado: desde los postulados hasta las conclusiones.

Creo que no es difícil descubrir en el gobierno que hoy está arrancando la existencia de, cuando menos, dos tipos de discursos y, sobre todo, de proyectos. Uno es el económico y el otro es el político. El primero es claro en sus premisas, instrumentos de ejecución y en algunas de las consecuencias esperadas, aunque no en todas. El segundo, en cambio, no peca de claridad y lo que muestra resulta francamente preocupante. Es a este segundo proyecto, al político, al que hoy me interesa referirme, aunque antes es indispensable algunas consideraciones en torno del económico, pues éste explica a aquél.

# Preocupante Proyecto Político

Sigue de la primera plana

En el discurso económico del Presidente, sobre todo, en la biografía del personal que se encuentra al frente de las secretarías con responsabilidad económica, está la garantía de la continuación —la profundización— del plan económico delineado desde el principio del sexenio de Miguel de la Madrid. Las bases de ese plan son de sobra conocidas y no hay necesidad de elaborar en torno de las mismas: apertura de la economía mexicana a la competencia externa pese, y precisamente por, la debilidad de su aparato productivo; disminución del control y del papel de la acción estatal sobre la actividad económica y, en consecuencia, aumento en la importancia de las fuerzas del mercado como mecanismo de asignación de los recursos y los beneficios de la actividad económica; mantenimiento de los compromisos externos aunque buscando, mediante la negociación una disminución del peso terrible de la salida de divisas por la vía del pago de la deuda externa y de la fuga de capitales motivada por la inseguridad; etcétera.

★

Este proyecto, que entre otras cosas tiene que llevar tanto a una mejoría en la eficiencia productiva mexicana como a una mayor integración de nuestra economía a la estadounidense —la apertura teórica al exterior es, en la práctica, la apertura a los productos, la tecnología y el capital norteamericano, ya que en el siglo XX para México el mundo externo se ha reducido cada vez más a Estados Unidos—, así como a una mayor concentración de la riqueza, al menos en eso que se llama el corto plazo pero que nadie sabe realmente cuán corto o largo será. En cualquier caso, este proyecto necesita aún de tiempo para madurar. Y el proyecto político consiste, precisamente, en conseguir a la alta burocracia económica y financiera un elemento particularmente valioso, por escaso: el tiempo que sus elegantes y lógicas teorías neoconservadoras necesitan para madurar y dar los supuestos frutos positivos que hoy se pueden cosechar en Corea o Taiwán, nuestros nuevos modelos a seguir.

Conseguir tiempo quiere decir, en términos concretos, mantener la disciplina entre las clases subor-

dinadas en circunstancias particularmente difíciles cuando irremediablemente sobre los hombros de esas clases tiene que seguir cayendo el costo social del cambio de modelo económico iniciado al finalizar 1982 y aún no concluido. Idealmente, este tiempo se podría y debería conseguir mediante una dosis muy grande de legitimidad. Sin embargo, tras el desastre electoral del año pasado, esa legitimidad no existe, al menos no en las cantidades requeridas por los tecnócratas. Es por ello que el proyecto político, pese a su importancia, no se ha podido articular de la misma manera elegante y lógica que el económico.

Es verdad que aquí y que allá, de manera desperdigada se ha hablado de la renovación del partido del Estado, de la necesidad del respeto a la nueva pluralidad, de la conveniencia de la concertación, etcétera. Sin embargo, de todas esas piezas y retazos no ha surgido finalmente nada coherente y, menos aún, creíble. Ahora bien, el hecho anterior no significa que no haya proyecto político, lo que sucede es que por lo difícil de las circunstancias no es uno que se pueda expresar públicamente. Ante lo incoherente del discurso, no queda otro camino para saber cuál es el proyecto político, que examinar la selección que hizo el Presidente para integrar el equipo que habrá de manejar los instrumentos de control político del Estado mexicano. Ahí está el mensaje.

★

Como en el caso de los encargados de articular y poner en práctica el esquema económico, el equipo que hoy tiene en sus manos el aparato de control político —el de la recopilación de información y los instrumentos de la violencia— tienen una biografía, y ésta se refiere a los momentos más áridos del autoritarismo mexicano posrevolucionario. Es difícil, por no decir que imposible, desligar los nombramientos que el Presidente Salinas hizo en relación a la Secretaría de Gobernación o a la policía capitalina, de algunas de las experiencias pasadas difíciles del sistema, de aquellas cuando la disciplina autoritaria fue nuestra en entredicho por los trabajadores ferrocarrileros a los estudiantes.

Tras este examen, hecho incluso de manera fría e impersonal, no hay manera de evitar la sospecha de que en el caso de Méxi-

co, la teoría económica de la liberalización y la privatización de la economía, es sólo la punta del iceberg de una teoría social más amplia, y cuya parte sumergida consiste en estar preparados desde el inicio para lo peor: para obtener la aquiescencia de las clases subordinadas frente a los sacrificios que demanda la política económica —en particular de aquellos sectores que votaron por la oposición, y que posiblemente fueron más de los que reflejan las cifras oficiales— por las buenas de ser posible pero también por las malas de ser necesario.

En el México de hoy, tan golpeado por el estancamiento de la economía y tan resentido por la falta de transparencia de los procesos políticos básicos —los electorales—, no es impensable que en manos de una clase política ya muy desgastada por el tiempo y sus fracasos, la profundización del proyecto económico neoconservador vaya a requerir de una dosis mayor de autoritarismo. De ser ese caso, resultaría que la supuesta modernización de la economía sólo puede ser llevada adelante con el apoyo de la parte no moderna del aparato político existente, es decir, de aquello que un analista de nuestros procesos políticos llamó alguna vez "la tradición disponible". Pero ahora la tradición sería, también, una necesidad. Y es que, después de todo, en sus etapas iniciales —en aquellas en que se obligó a las clases trabajadoras y a la clase media a un ahorro forzoso mediante una limitación drástica en su consumo— Corea y Taiwán fueron todo, menos sistemas democráticos y plurales. En realidad, estos países periféricos hoy tan exitosos en su papel de economías exportadoras, nos dicen que una economía subdesarrollada abierta y sistema político abierto son incompatibles, al menos en sus etapas iniciales, que es justamente en la que nosotros nos encontramos.

★

Quizá estoy siendo demasiado pesimista en mi análisis y México no tiene que seguir el camino autoritario en su búsqueda de la modernización económica neoconservadora, pero dadas las circunstancias y señales a las que hice referencia, dan bases al pesimismo. El artículo que publicó Gustavo Hirales en La Jornada el último día del año pasado, es una de esas bases. En dicho artículo el autor afirma

que en 1973 él fue torturado personalmente por Miguej Nazar Haro, hoy director del Servicio de Inteligencia de la policía capitalina. Cierto o no la acusación, justa o injusta, lo significativo de la misma es que quienes nombraron al señor Haro para ocupar el puesto que hoy detenta, lo hicieron a pesar de saber lo controvertido que podía llegar a ser y, pese a ello, decidieron pagar el costo. Es ahí donde está el mensaje político al que me he referido.

Normalmente, le aconteció en Tepic el 28 de diciembre pasado —el motín de presos que terminó en masacre— no debiera de ser necesariamente parte de una discusión como esta. Sin embargo, creo que en las circunstancias actuales sí lo es. Con las experiencias negativas del pasado —el 53, el 68, la "guerra sucia" de la Brigada Blanca, etcétera— y las susceptibilidades de la opinión pública tan a flor de piel la forma como el grupo especial de la policía del Distrito Federal, los "zorros", puso punto final al motín, no fue la mejor posible sino la peor, pues concluyó con la muerte inexplicable de varios reos que según testigos, ya habían caído prisioneros de los "zorros".

De no aclararse de manera satisfactoria las acusaciones contra el señor Nazar Haro o lo sucedido en Tepic, la interpretación negativa del proyecto político del gobierno actual tendrá bases.

★

A propósito de lo sucedido en Tepic, conviene no olvidar lo ocurrido no hace mucho en Perú, cuando la policía y el ejército, tras vencer a los integrantes de Sendero Luminoso amotinados en una prisión, procedieron a la ejecución sumaria de los prisioneros. La imagen nacional e internacional del Presidente Alan García empezó a deteriorarse a raíz del incidente, pues quedó en claro entonces que las autoridades civiles no podían controlar a sus instrumentos de control. Entre nosotros no debe haber la misma suposición o una peor: que el incidente de Tepic es sólo un ejemplo extremo de la manera como el nuevo gobierno piensa enfrentar a quien se le enfrenta.

Concluyo con la idea inicial, que es un buen deseo más que el resultado del análisis: ojalá que esté equivocado, rotundamente equivocado.